

SUSANA FORTES

SÓLO  
UN DÍA  
MÁS

  
ESPASA

SUSANA FORTES

SÓLO UN DÍA MÁS



© Susana Fortes, 2025

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S.A., 2025

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 22.241-2024

ISBN: 978-84-670-7462-8

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*



# 1

Fue en la Navidad de 2017, antes de la pandemia y después de una época de mi vida bastante insólita en la que en realidad no sabía muy bien qué demonios me había ocurrido.

Acababa de salir de una relación tormentosa con un escritor de un país del Este que me había dejado para el arrastre en todos los sentidos. Hundida, desorientada, como si hubiera vuelto de una guerra. Me sentía incapaz hasta de viajar. Y eso que hacer las maletas y largarme siempre ha sido mi remedio infalible contra todos los males. Lejos de casa y a salvo.

Había perdido el empuje. Llevaba tres años sin publicar, dándole largas a mi editor. No era capaz de escribir porque ninguna trama podía liberarme de la trituradora salvaje de recuerdos con la que a los enamorados nos gusta machacarnos las tardes de invierno mientras llueve fuera. El amor y su cólera magnífica. Lo de siempre.

Nada de lo que se me ocurría era capaz de emocionarme más allá de un par de horas, pasadas las

cuales todo iba directamente a la papelera de reciclaje. Porque para que una novela aguante el intenso combate cuerpo a cuerpo que requiere la escritura durante largas jornadas delante de la pantalla del ordenador, un escritor necesita saber que lo que tiene entre manos es algo único, valioso y muy frágil, algo que debe tratar con el máximo cuidado sin comprender todavía qué es lo que esconde dentro. Una especie de bola de cristal traspasada por la luz.

De niña, cuando vivíamos en la casa vieja, un año tuvimos una bola así colgada del árbol de Navidad. La había traído como regalo un amigo de mis padres de algún viaje por Europa. Era distinta a todos los adornos navideños que yo hubiera visto hasta entonces, pequeños colgantes esmaltados de colores demasiado chillones que, si se caían al suelo, rebotaban sin romperse. Esta, por el contrario, irradiaba una misteriosa fascinación. Parecía una pompa de jabón hecha de un cristal finísimo. Creo que fue la primera vez que de pequeña tuve conciencia de la belleza como algo muy tenue y excitante. Recuerdo estar mirándola fascinada, tratando de atrapar el fabuloso centelleo mágico que refulgía en su interior con mucho cuidado de no romper el hechizo.

Una pequeña burbuja de ilusión palpitante.

Eso era exactamente lo que a mí me venía faltando. La magia de una historia contenida dentro de un círculo de luz, de una isla del tesoro, o de una lámpara maravillosa, como al comienzo de aquellos

cuentos infantiles que nos contaban antes de acostarnos. «Érase que se era, hace muchos, muchos años...». Me faltaba esa emoción. Estaba, como suele decirse, fuera de juego. Un rayo me había fulminado en mitad del campo. Y caminaba lánguida, como deshuesada, trastabillando sin encontrar por ningún lado la señalización de la carretera. Esas cosas pasan. Y si dejan descolocados a los grandes poetas sagrados, qué no harán con el resto de los mortales. En medio del viaje de la vida, también yo había llegado dentro de mí misma al interior de una selva oscura donde se perdió el camino recto.

Sólo me mantenía en pie la inercia. Sobrevivía a duras penas con las colaboraciones que hacía en el periódico para la sección de cultura y algunas traducciones. La atonía vital era una desgana infinita que me minaba por dentro, porque, como todo el mundo sabe, los escritores cuando perdemos la capacidad de contar, estamos muertos.

Y para colmo era Navidad. Mi hermana había tenido que suspender finalmente su viaje desde Pittsburgh, donde preparaba el doctorado, por culpa de un resbalón en la nieve. Mis amigos se habían largado al Rincón de Ademuz, donde habían alquilado una casa rural para hacer senderismo lejos de la marabunta. Así que me esperaban unas fiestas un poco solitarias. No pasaba nada. Vería *Fanny y Alexander*, una película que se ajustaba como un guante a mi estado de ánimo. Además, tenía cham-

pán y salmón noruego en la nevera por si acaso. En Nochebuena siempre se montan planes imprevistos de última hora. Nunca se sabe.

Volvía precisamente de comprar unas figuritas en el puesto de artesanía del Mercado de Colón, buscando quizá en ese ritual de todas las navidades de mi infancia una tabla de salvación. A la altura de la calle Jorge Juan me había encontrado con unos conocidos del barrio que me preguntaron cuándo sacaba la próxima novela. Tal como estaban las cosas, aquello era lo que se dice mentar la sogá en casa del ahorcado.

—Pronto —les respondí con mi mejor sonrisa, y la calle me pareció de repente más oscura y más iluminada a la vez, como cuando enciendes una linterna pequeña. Una escritora tiene la obligación de mentir.

Llegué a casa, dejé los paquetes a la entrada de cualquier manera, colgué el abrigo y puse a secar las botas y los calcetines junto al radiador. Después abrí el portátil, resoplé con resignación, y empecé a redactar el artículo que me habían encargado en el periódico con motivo del 80 aniversario del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia en 1937. Una faenita de aliño, para el suplemento del resumen del año. 4.500 caracteres.

En esas estaba, cuando me entró un *e-mail* de Anna, mi agente. Me explicaba que la editorial Ga-

lilmard acababa de publicar en Francia la correspondencia entre Albert Camus y María Casares. 865 cartas como misiles de largo alcance que a lo largo de quince años se cruzaron el escritor y la actriz. Desde que se conocieron en 1944 hasta el 4 de enero de 1960, cuando el coche en el que él regresaba a París junto a su editor se estrelló inexplicablemente contra un árbol en una carretera recta sin apenas tráfico, cerca de Villeblevin, en la Borgoña francesa.

Lo que me proponía mi agente era que escribiera un prólogo para la edición española, diez o quince folios. Hacía años había publicado un breve ensayo sobre la famosa polémica intelectual y política entre Jean-Paul Sartre y Camus, titulado *Amistades peligrosas*, que se mantenía de actualidad gracias al encono que de vez en cuando mostraban hacia mí algunos filósofos de altos vuelos que me consideraban una intrusa, seguramente con razón. En cualquier caso, el libro me sirvió de carta de presentación para los foros sobre el tema organizados por distintas entidades culturales. Supongo que fue eso lo que motivó la petición de la editorial. Y Anna, que sabe más cosas de mi vida que las que yo estoy dispuesta a reconocer públicamente, decía: «Además, he pensado en ti porque las cartas reflejan una historia de amor muy encarnizada, de esas que arrasan con todo sin dejar prisioneros, como lo que te pasó a ti con W». W, por supuesto, era el escritor bosnio con el que yo había mantenido una intermitente historia

«pasional, cruda y devastadora, muy Herzegovina», de la que ella había sido testigo accidental. «Creo que precisamente por eso —continuaba Anna— podrías escribir algo especial, incluso, quién sabe, si te animas, podría ser el germen para tu próxima novela. Lo dejo en tus manos, no quiero presionarte, pero es un temazo».

*Un temazo.*

La edición francesa de Gallimard llegó a mi casa al día siguiente por mensajero a las doce y cuarto. Empecé a leer las cartas esa misma mañana. Y me quedé impactada, sobre todo porque no entendí nada. Pero ¿qué significaba aquello? ¿Qué demonios había pasado allí?

Sabía que Camus y Casares habían mantenido algún tipo de relación, pero en ningún momento había imaginado aquello. Noté en la escritura una atmósfera electrizada, esa incertidumbre de cuando el aire se vuelve irrespirable por la presencia del azar, que es el perfume de la vida violenta, del amor incondicional, de las pasiones desconcertantes que no podemos comprender.

Y precisamente porque no entendía nada, la historia se me metió dentro como un alien. Rebusqué en mi biblioteca las novelas que más me habían gustado de Albert Camus: *El extranjero*, *La peste*, *El primer hombre*.

Conseguí las mejores biografías disponibles en librerías de segunda mano. Pedí por Amazon las memorias que María Casares había publicado con el título *Residente privilegiada*. Y recopilé todos los libros que pude sobre aquel grupito de Saint-Germain-des-Prés que se calentaba las manos en la estufa de leña del café de Flore, escribía por los rincones e iba a modelar la flamante generación de posguerra.

Y entonces algo poderoso e informe empezó a crecer dentro de mí. Volví a sentir el palpito de la vida en la yema de los dedos. Me dieron ganas de contar su historia, de usar sus vidas para entender un poco la mía. Ganas de merodear por los suburbios del corazón, de husmear en las esquinas del mundo, de reflexionar sobre los asuntos misteriosos e incomprensibles que nos rompen la vida. Ganas de escribir como quien respira a pleno pulmón, como quien suelta un puma a ver qué pasa. Con suavidad, con ligereza.

Hasta ese momento no había vuelto a acordarme de los adornos que había comprado la semana anterior en el mercadito de artesanía. Rebusqué entre los paquetes sin abrir y allí estaba. Una pequeña esfera transparente de cristal soplado. La saqué del empaque protector con cuidado y la colgué en el árbol. Era preciosa. Frágil, iridiscente, con halos luminosos que flotaban suspendidos igual que pequeños copos de nieve. Allí estaba. La burbuja de emoción palpitante.

Me gustan las cosas que me recuerdan a otras cosas. Me quedé mirándola embelesada, aguantando la respiración, exactamente como una niña de siete años ante el genio de la lámpara maravillosa.

*Érase que se era, hace muchos, muchos años...*